

Cuento falsificado

DRAMATIS PERSONAE

NARRADOR

REY

PRINCESA

FALSIFICADOR

CHICA

ACTO I

ESCENA I

NARRADOR- Érase una vez un rey.

Uno, que como todo el mundo sabe,
tenía sangre azul en las venas...
y roja en las arterias.

Uno al que todos amaban porque los que lo odiaban
habían dejado de hacerlo...
desde sus tumbas.

Un rey tan rápido,
que según cómo podía ver cumplir sus órdenes...
antes de expresar sus deseos.

Hasta aquí nada fuera de lo normal.

Pero este monarca tenía algo verdaderamente único.

Algo que otros no fueron capaces ni siquiera de soñar.

Era capaz de dictar y abolir tantas leyes en un día
que nadie podía hacer nada sin miedo a estar delinquiendo.

En una ocasión, como le molestaba el ruido, lo prohibió,
y murieron en la carretera todos los enfermos que iban en ambulancia.

Entonces prohibió enfermar,
y murieron de hambre los médicos.

Nombró médico a todos los veterinarios

y murieron entonces los gatos,
con lo que prosperaron las ratas y fueron muchos

los que hubieran muerto por la peste si no fuera porque
se les aplicó previamente la pena de muerte ya que como enfermos
incumplían la nueva ley.

Arrepentido de su error, el rey legalizó el ruido y las enfermedades
y todo volvió a la normalidad.

Otra vez, y para alegría de todos los que tenían reloj,
mandó aumentar un poco cada mes la duración de los segundos
para que los años no se le hicieran tan cortos.

Pero de nuevo tuvo que arrepentirse porque mientras él apenas envejecía,
otros ya nunca podían alcanzar la mayoría de edad.
El número de huérfanos y pederastas aumentó de forma tan alarmante
que tuvo que echarse atrás.
Tan increíbles eran sus leyes como el rigor con el que se interpretaban.
Cuando había un homicidio se condenaba a la víctima
por no presentarse al juicio.
Incluso se llegó a detener a todas las embarazadas,
acusadas de discriminación.
Aún así, casi nadie iba a la cárcel porque en el momento
de ser juzgado, lo más probable era que el delito ya hubiera dejado de serlo.
De esta manera podía ser el soberano más temido y a la vez más querido
entre todos los que siempre han reinado.

Tenía una mujer, la reina,
que era lo que más amaba en el mundo
después de sí mismo... y algunas otras cosas.
También tenía una hija, a la que quería casi tanto...
como si hubiera sido un hijo.
Pero la reina ya nunca le daría un hermano
porque cierto día el rey no se echó la siesta,
vio un reportaje de ballenas y le parecieron maravillosas.
Tanto, que prohibió inmediatamente su caza y,
sin saberlo, la sopa del menú previsto para la cena.
El cocinero, indignado, tuvo que salir a comprar otra cosa.

Unos días antes, en alta mar,
una pareja de merluzas enamoradas vio cómo su destino ennegrecía
cuando una de ellas ingirió un alga contaminada
de un líquido negro parecido a plastilina que provenía de un barco
que se había roto no se sabe por qué.
Enfermó al acto y ya nada parecía poder salvarla.
Pero gracias a los cuidados de su compañera,
que día y noche estuvo a su lado,

consiguió curarse y continuaron siendo felices para siempre,
a diferencia del resto de las merluzas que por allí nadaban,
y que, enfermas todas por el petróleo,
cayeron además en las redes de un barco que por allí pasaba.
El cocinero, al ver el buen brillo de las merluzas,
decidió que ese sería el menú de la noche.
Ya en palacio las cocinó, y al ver cómo ennegrecía la sopa pensó
que sería mejor dejarla para los criados y
preparó un rape que también había comprado
y que no estaba contaminado.
Ya en la cena, la reina no tuvo cuidado y,
atragantándose con una raspa, murió ahogada.
La princesa nunca pudo perdonar a su padre por dictar
una ley tan cruel,
(De haber cenado ballena, nada de eso hubiera pasado)
y enfadada para siempre, se marchó de palacio renunciando
a todas las riquezas con las que había crecido.
Vivió desde entonces bajo un puente junto al cual vivía
desde hacía muchos años el verdadero protagonista de esta historia.
Un hombre pobre cuya introducción no lo hubiera sido menos.

ESCENA II

NARRADOR- Pobre también en ideas hasta que un día
tuvo una que valía por todas las que hasta entonces no había tenido.
Se le ocurrió... ¡inventar una máquina de dinero!
Una idea nada original,
pero no por eso menos lucrativa.
Consideraremos para evitar términos técnicos
que era capaz de reproducir copias tan perfectas
que a su lado los originales parecían falsos .
Empezó por cantidades que sin hacerle rico
le hicieron dejar de parecer pobre.
Cierto es que las apariencias engañan,

pero tampoco lo que esconden suele ser la verdad.

Luego continuó con otras apariencias.

¿En qué creen que consiste, si no, ser rico?

Se compró todo lo que siempre había querido

y mientras dejaba de quererlo se compró lo que nunca había querido

porque lo importante no era satisfacer lo que deseaba

sino desear lo que no había satisfecho todavía.

¿Qué podía faltarle? ¿El amor acaso?

FALSIFICADOR- Eso nunca podré comprarlo.

NARRADOR- Y hablaba no sin razón pero tampoco con precisión,

porque si bien la miel no mata las moscas,

sí que las atrae como moscas a la miel, y entonces...

es más fácil cazarlas.

CHICA- ¡Sí, quiero!

FALSIFICADOR- ¿De verdad?

CHICA - ¡Sí, quiero!

FALSIFICADOR - ¿Quieres qué?

CHICA - ¡Sí, quiero!

NARRADOR – Y el amor surgió entre ellos como el sarro entre los dientes.

No fue su máquina, es verdad,

pero hay que admitir que ayudó.

FALSIFICADOR - ¡Bésame, amor!

CHICA – Te beso, pero con el corazón.

NARRADOR – No podía ser todo perfecto.

Porque en el amor, es el amor lo que no se compra.

Lo demás todo puede alquilarse.

Más tarde, la sombra de la mediocridad vino a ceñirse sobre él.

FALSIFICADOR – Yo nunca podré.

NARRADOR – Y razón no le faltaba, como tampoco imprecisión.

Porque casi nadie en este mundo tiene derecho a más de un don.

FALSIFICADOR – Pero es que yo no tengo ninguno.

NARRADOR- Así que pensó que a lo mejor...

Con un dinero más que oportuno

pagarse clases con las que pudo

mejorar un montón.

No fue su máquina, es verdad,
pero hay que admitir que ayudó.

FALSIFICADOR - ¡Bésame, amor!

CHICA – Te beso, pero con el corazón.

NARRADOR – Hasta que un día,
vio sobre su cielo la sombra definitiva.

FALSIFICADOR - ¿Cuánto me queda, doctor?

DOCTOR – (Mira el reloj) Tengo prisa.

Le doy mi reloj.

FALSIFICADOR - ¿Cuántos meses?

DOCTOR – Menos de dos.

NARRADOR - Insuficiente para disfrutar de la vida.

Y su máquina esta vez hacer nada podía.

Y así acabaría esta historia
del hombre que fabricaba billetes de mentira.

(Telón)

De no ser...

FALSIFICADOR - ¿De no ser?

(Telón)

DOCTOR – De no ser porque hay una clínica.

FALSIFICADOR – ¿De verdad? ¿Dónde?

DOCTOR – No podría usted pagarla.

FALSIFICADOR – No suponga usted nada.

Dígame. ¿Dónde está?

DOCTOR – Quizá en el mañana.

Esta clínica no existe.

Así que no podría pagarla.

FALSIFICADOR - ¿Y si pudiera?

DOCTOR – Entonces hágala.

NARRADOR – Y así construyó

la clínica más privada
en la que moriría de viejo,
la enfermedad más deseada.

Y por un poco más de dinero
aprovechando la anestesia,
también quiso cambiar de aspecto,
umbral de la apariencia.
No fue su máquina, es verdad,
pero hay que admitir que ayudó.
FALSIFICADOR - ¡Bésame, amor, ahora sí!
CHICA – Te beso, pero con el corazón.

ESCENA III

FALSIFICADOR – Cuando era pobre odiaba a los ricos.
Pero ahora que soy lo que antes odiaba,
¿debería odiarme por convertirme en lo que odié o más bien
tendría que odiar a los que ahora me odian a mí?
Y en caso de ser yo el más odioso por comprarlo todo
que ese todo por ponerse a la venta,
¿debería dejar mi riqueza para volver a quererme?
¿Acaso es más feliz el que quiere ser que el que es?
Lo mejor será que destruya esta maldita máquina.
Es cierto que con ella podría acabar con el hambre en todo el mundo.
Podría abrir escuelas y hospitales, pagar medicinas y libros,
¡salvar al mundo de la pobreza!
Pero... ¿me lo agradecerían luego o más bien me detestarían por ello?
¿Llenar el mundo de obesos desagradecidos y sedentarios
que ingieren al mismo tiempo que olvidan lo que acaban de comer?
No podría perdonármelo.
Ojalá yo pudiera volver atrás, a las noches bajo mi puente.
Esperando con ilusión las sorpresas de la basura,
que tan bien iban para conservar la línea.
Bebiendo de las frescas aguas del río,
Y no este... vino asqueroso.
Cierto que podría comprar el puente...
Y también el río...

Pero ¿no sería eso engañarme a mí mismo?

La máquina es la culpable.

Mañana la destruiré.

CHICA - ¿Dónde vas?

FALSIFICADOR – A pasear.

CHICA - ¿Quieres que vaya contigo?

FALSIFICADOR – No voy a pasear en coche.

CHICA - ¿Ya no te hago feliz?

FALSIFICADOR – Si es eso lo que te preocupa,
te diré que me haces tan feliz como desde el principio.

CHICA - ¿Lo mismo que el primer día?

FALSIFICADOR – Exactamente igual.

Me voy.

ESCENA IV

CHICA – A mí no me engaña.

Ya no es feliz...

y quiere por ello romper la máquina.

Así que tengo que hacer que cambie de opinión,
al menos en lo segundo.

¿Pero cómo?

¿Acaso debería...?

Ay, ojalá no tuviera un marido tan superficial.

Después de dos años todavía intenta tocarme de vez en cuando.

Yo le amo, pero no puedo renunciar a...

¡Qué duro es el matrimonio para una mujer!

¡Qué difícil el amor!

¡Y qué cerdos los hombres!

¿Y si le beso?

Quizás se calmaría un poco

y se olvidaría de romper la máquina.

Pero... todavía tengo el mal sabor de boca
del que le tuve que dar el día de la boda.

Estúpido protocolo.

Debo pensar en algo menos sacrificado.

Mientras esconderé la máquina,

no sea que haga algo de lo que nos arrepintamos todos.

ACTO II

ESCENA I

PRINCESA – Nunca más palabras vanas.

El silencio será el idioma de las musas.

Ya no habrá más versos con hambre
y las orejas se quedarán mudas.

FALSIFICADOR – ¿Qué cantas?

PRINCESA – La última canción.

FALSIFICADOR - ¿Y por qué no ha de haber una próxima?

PRINCESA – Si no te contestara ya lo estarías escuchando.

FALSIFICADOR - ¿Por qué dices eso?

PRINCESA – Porque desde mañana todas las bocas se volverán mudas.

FALSIFICADOR - ¿Todas?

PRINCESA – Todas no.

Tú eres rico ¿verdad?

FALSIFICADOR – Hace tiempo que no paso hambre.

PRINCESA – Pues entonces la tuya no.

Podrás utilizarla, pero pagando por ello.

FALSIFICADOR - ¿Es eso posible?

PRINCESA – El rey lo ha decidido esta mañana.

FALSIFICADOR – Entonces no temas.

Cuando su majestad cierra una puerta...

PRINCESA – Él no soporta las ventanas abiertas.

FALSIFICADOR – En efecto, y por eso al día siguiente de cerrarla
tiene que volver a abrirla.

PRINCESA – No será así esta vez.

Una razón importante le lleva a ello.

FALSIFICADOR - ¿Algo tan importante como para hacer pagar a su gente por hablar?

PRINCESA – Sí. La inflación.

Es la mayor de todos los reinos del mundo.

FALSIFICADOR- ¿Cómo es eso posible?

PRINCESA – No lo sé.

A mí no me parece que esté el reino muy inflado.

FALSIFICADOR – En cualquier caso nos hace pagar por expulsar aliento para no inflarlo mucho más.

Tiene sentido.

PRINCESA - ¿Crees que podría llegar algún día a explotar?

FALSIFICADOR – Dicen que las palabras necias siempre ocupan más.

A lo mejor así se dicen menos estupideces.

PRINCESA – Sólo se oirán las que digáis vosotros los ricos.

Y no siempre son las mejores.

FALSIFICADOR – Siempre podréis dar vuestra opinión al respecto.

PRINCESA – Nunca podré pagarla.

Soy pobre y tendré que callar bajo mi puente.

FALSIFICADOR - ¿Vives en el puente?

PRINCESA – Sí. El que hay junto al río.

FALSIFICADOR - Yo un día...

Nada. Olvídalo.

PRINCESA – Si no me lo dices no creo que pueda olvidarlo.

FALSIFICADOR- ¿Sabes? Me gustas.

Y quiero comprarte.

¿Cuánto vales?

PRINCESA – Yo no estoy en venta.

FALSIFICADOR- Claro, claro.

Pero no me has entendido.

Pagaré todas tus palabras.

PRINCESA – Prefiero el silencio, gracias.

FALSIFICADOR – Vendrías a vivir a mi casa,
y así dejarías el puente.

PRINCESA – Soy feliz en mi puente.

Y pienso seguir siéndolo.

Esperando con ilusión las sorpresas de la basura,
que tan bien van para conservar la línea.

Bebiendo de las frescas aguas del río,

Y no ese... vino asqueroso que beben los ricos.

FALSIFICADOR – Te daré todo mi dinero.

PRINCESA – Mis manos serían de agua al recibirlo.

FALSIFICADOR - ¿Cómo lo sabes?

PRINCESA - ¿Saber qué?

FALSIFICADOR - ¿Cómo puedes negarte a ser rica si nunca lo has sido?

PRINCESA - ¿Y cómo sabes tú que no lo he sido?

FALSIFICADOR – Porque no se puede volver atrás.

PRINCESA – En mi caso volví hacia delante.

FALSIFICADOR – Pero yo te quiero.

¿Cómo puedo tenerte?

PRINCESA – Lo siento.

Mi corazón ya está ocupado.

FALSIFICADOR - ¿Por quién?

PRINCESA – No lo sé.

FALSIFICADOR - ¿Cómo es posible?

PRINCESA – Lo tengo reservado para el que salve al reino
de este silencio que desde mañana será el que reine.

FALSIFICADOR - ¿Y quién puede hacer eso si no es el rey?

PRINCESA – No me hagas reír.

FLASIFICADOR - ¿Entonces? ¿Se quedará tu corazón vacante?

¿No hay ninguna posibilidad de que alguien lo ocupe?

PRINCESA – Hay una manera.

FALSIFICADOR - ¿Cuál?

Dime.

PRINCESA – No podrías pagarlo.

FALSIFICADOR – No supongas nada.

PRINCESA – Sólo alguien con más dinero que el propio rey
y con una generosidad mayor a su fortuna
podría restaurar la riqueza de este lugar.

Si alguien así existiera,

por lo segundo le amaría y por lo primero podría decírselo.

FALSIFICADOR - ¿Das tu palabra de honor?

PRINCESA – Te la doy ahora, ya que mañana tendría que pagar por ella.

FALSIFICADOR – No estés tan segura.

Ven a verme temprano.

PRINCESA – No sé dónde vives.

FALSIFICADOR - ¿Conoces la casa de plata?

PRINCESA – Sí.

Algún día se te pondrá negra.

ESCENA II

FALSIFICADOR – Cariño.

CHICA – Esa soy yo.

Dime.

FALSIFICADOR - ¿Dónde está mi máquina?

CHICA - ¿Por qué?

¿Vas a usarla?

FALSIFICADOR - ¡Dónde está!

CHICA – Dime para qué.

FALSIFICADOR - ¿La has escondido acaso?

CHICA – No te enfades.

Mira. Te beso.

Y no sólo con el corazón.

(Lo besa en la mejilla)

FALSIFICADOR - ¿Y mi máquina?

CHICA – La quieres destruir ¿verdad?

FLASIFICADOR - ¿Destruirla?

¿Cómo iba yo a hacer algo así?

Con ella ganaré el corazón de mi amada.

CHICA – ¡Qué bien!

Hacía ya días que no me compraba nada.

(Aparte)

Mi plan ha funcionado.
Nunca lo había visto tan emocionado.
He tenido que besarle pero ahora es tan feliz.
Y con todo ese dinero... ¡seré yo la que lo sea!
De haberlo sabido le hubiera besado antes.
A partir de ahora lo haré de vez en cuando.
Ya veremos si con una vez al mes será suficiente.
Según lo que le dure la alegría con este que le he dado.
Le observaré de cerca mientras tanto.

ESCENA III

FALSIFICADOR – Ya está.
Ahora me voy.
CHICA - ¿Volverás pronto?
FALSIFICADOR – Cuando llegue desearás que
nunca lo hubiera hecho.
CHICA - ¿Haber hecho qué?
FALSIFICADOR – Nada. Adiós.
CHICA – (Retozando entre el dinero) ¡Soy la mujer más rica del mundo!
¡Y también la más feliz!
¿Qué causalidad, no?
PRINCESA – Eso nunca podrá darte la felicidad.
CHICA – Eso es lo que siempre decís los pobres para consolaros.
PRINCESA - ¿Te la da?
CHICA - Tampoco me la quita.
¿Quién eres tú?
PRINCESA – (Viendo el dinero) Una mujer enamorada.
CHICA – De mi marido, por lo que veo.
PRINCESA – Por poco tiempo.
CHICA - ¿Vienes a quitármelo?
PRINCESA – Vengo a por el resto.
Su corazón ya me lo quedé anoche.
CHICA – ¡Yo ayer le besé! ¡En la mejilla!

¿Qué me dices a eso?

PRINCESA – Pobre infeliz.

Esta noche, cuando ya sea mío,

le dejaré sin aliento...

del abrazo que le voy a dar.

CHICA - ¡Serás zorra!

Ahora vas a ver.

(Luchan)

ESCENA IV

REY – Hagan el favor de parar su disputa, señoritas.

Desde este mismo momento queda prohibida.

CHICA - ¿La lucha entre mujeres?

REY – No. La lucha no. Esta lucha.

Una vez las prohibí todas las luchas femeninas y entonces los hombres sufrimos las consecuencias.

¿Es ese el dinero?

PRINCESA – Sí, majestad.

¿Cree que hay suficiente para arreglar el problema?

CHICA - ¿Qué problema?

REY - ¿Cuánto hay?

CHICA – ¡Tres mil millones!

PRINCESA - ¿Bastará?

REY – No.

Necesito tres mil uno.

Falta un millón.

¿Para eso me llaman?

He dejado a medias una orden para prohibir las interrupciones.

De haberme llamado después podría haberlas detenido.

PRINCESA – Entonces no hubiéramos interrumpido nada.

¿Por qué no pone su majestda el millón que falta?

REY – (Ríe) Claro, niña. Podría coger uno y cien también.

Pero de donde yo los cojo es precisamente donde luego tendría que ponerlos,

así que no ganaríamos nada.

Uy, las diez.

Justo ahora entra en vigor el pago por hablar.

¿Cuánto dinero tienes?

CHICA – Todo este.

REY – No vivirás para poder gastarlo...

Ni aunque cumplieras cien años.

¿Y tú? ¿Cuánto tienes?

(Enseña unas monedas)

PRINCESA – Diez monedas.

REY – (Ríe y coge dos) Pues ya te quedan ocho.

Pero no sufras porque escuchar es lo más importante.

¿No has visto qué bien le fue a la Sirenita?

PRINCESA – Tampoco ella se sentía muy comprendida en su familia.

REY – (Quitándole todas las monedas) Eso han sido nueve palabras.

Dame la moneda que debes.

PRINCESA - ¿Por qué no aprendes tú a escuchar, tanto que lo recomiendas?

REY – Once. Y una doce. Paga o morirás.

PRINCESA - ¿Me vas a matar?

REY – Y cuatro dieciséis.

PRINCESA – Pues mátame.

Haz conmigo lo que ya hiciste con mamá.

REY – Diez palabras más pero que debería cobrártelas como un billón.

PRINCESA – Al que va a morir por robar una no le da miedo robar diez más.

REY - ¿Eres tú la renegada de mi hija? ¡Contesta!

FALSIFICADOR – ¡Aquí estoy, majestad! (Pausa)

REY – No seas tan parco en palabras.

Con lo que llevas en ese saco tienes para bastante más.

FALSIFICADOR – Si no me equivoco, posee usted tres mil millones.

REY – No te equivocas.

FALSIFICADOR – Y si todo es correcto, con este millón que traigo y los que tengo aquí supero en uno a su fortuna.

REY – Es correcto. ¿Pretendes ser tú el rey desde ahora?

FALSIFICADOR – No, majestad. Yo lo que pretendo es...

REY – No me importa.

El otro día prohibí que alguien posea más dinero que yo
so pena de serle requisado todo.

Ahora todo esto me pertenece.

FALSIFICADOR - Entonces ya no tiene sentido el pago por hablar ¿no?

REY – Están prohibidos los listillos en el reino.

¿Es que no lo sabes?

FALSIFICADOR - ¿Desde cuándo?

REY - Desde hace dos horas.

Quedas detenido aún teniendo razón.

Por ahora podéis seguir hablando gratis.

(A la PRINCESA) Aunque tú vas a pagarlo igualmente.

FALSIFICADOR – Yo pagaré.

REY - ¿Pero tu mujer no es la otra?

FALSIFICADOR – Sí, pero yo la amo a ella.

REY – No hay problema.

Podréis casaros, os doy mi palabra,
pero en la cárcel, claro, que es donde vais a vivir.

FALSIFICADOR - ¿Ella por qué?

REY - Es bien sabido que está prohibido mentirle al rey.

(Ella se quita los harapos)

PRINCESA – ¡No miento!

¿Acaso no reconoces... a tu hija?

REY – Así que eres tú.

PRINCESA – Sí, y como sabes, está prohibido condenar
a un miembro de la familia real.

Además has prometido que me puedo casar con él,
y teniendo en cuenta que no es legal que un rey falte a su palabra,
él se casará conmigo con lo cual,
será también de la familia real y así no podrás acusarnos a ninguno.

¿Qué te parece esa?

REY – Pobrecita.

Qué chasco te vas a llevar.

Tu madre nunca quiso decírtelo, pero es hora de que lo sepas.

(Le desabrocha el vestido)

PRINCESA - ¿Qué haces?

REY – Enseñarte tu verdadero origen.

(Tiene harapos negros bajo el vestido)

Tú no perteneces a la nobleza.

¿No te extrañó nunca que unos padres blancos tuvieran una hija negra?

PRINCESA – Entonces...

REY – ¡A la cárcel todos! Os casaréis allí.

(A la CHICA) Bueno, todos menos tú.

CHICA – (Junto a la máquina) No importa.

Lo superaré.

REY – Vamos. Que este final ya es demasiado lio

y no es preciso complicarlo todavía más con una ley que lo prohíba.

ESCENA V

NARRADOR – Y así es como termina esta historia:

Con un culpable que se convierte en salvador de su propia culpa,
no arreglando, sino agravándola definitivamente.

Con una máquina que todavía hoy sigue funcionando en todos los reinos.

Con un rey que un día cayó en el error de prohibir las prohibiciones.

Finalmente, con el amor de dos pobres que fueron felices

y que, bajo el puente junto al río,

chuparon, cuando la basura los sorprendía, el hueso de alguna perdiz.